

La fragilidad de lo cotidiano

Locke, de Steven Knight

Francisco José García Lozano

Facultad de Teología. Granada
E-mail: franciscojgl@hotmail.com

Locke, presentada como un minimalista *road trip* nocturno, es el esperado segundo trabajo del talentoso guionista británico Steven Knight. Tras haber firmado guiones tan intensos como *Negocios ocultos*, de Stephen Frears; *Amazing Grace*, de Michael Apted, y *Promesas del Este*, de David Cronenberg, Knight nos trae una historia sobre la responsabilidad y el deber, en un tiempo en el que el simulacro, la impostura y la mentira lo ocupan todo.

Capataz de una empresa de la construcción que está pasando la víspera de una fecha histórica, en la que llevará a cabo el vertido de hormigón más importante llevado a cabo en Europa y en el que se asienta su enorme futuro, *Locke* (Tom Hardy) ha decidido, sin embargo, no asumir sus destacadas funciones, como hombre clave en la tarea, y a sabiendas que le costará el despido desplazarse a una clínica de Londres en la que va a nacer un hijo que es fruto de una ocasional relación que tuvo con Bethan, una compañera de traba-

jo. La situación es muy delicada, ya que está casado, tiene dos hijos y tanto estos como su mujer ignoran todo este asunto.

El nuevo trabajo de Knight es una hora y media (el viaje de Birmingham a Londres) de imágenes de Tom Hardy, fundidas con la carretera y planos del BMW que protagoniza la cinta. Es de noche, y Knight filma el trayecto desde todos los ángulos posibles, desde el interior del coche o desde fuera: plano frontal del parabrisas, planos del retrovisor exterior, del asfalto, etcétera, apoyado en una excelente fotografía (luces amarillas, rojas, reflejos...) de Haris Zambarloukos. Es tal su variedad de recursos y de grados que Knight no tiene que hacer virguerías con la cámara, algo que de todas formas no tiene intención de hacer porque este no es un film como *127 Horas*, que se muere por salir de la grieta donde está James Franco; es claustrofóbico y disfruta con la presión. Aquí, por el contrario, estamos ante la historia de un hombre cualquiera que cometió un error como tantos

hombres (y mujeres) cometen, pero que en lugar de echarse para atrás y evitar su responsabilidad en él, decide abrazarlo aún a costa de todo lo que significa para su vida. El espectador asiste al desmoronamiento de una persona que conduce, habla, grita, llora y sin embargo no cesa en su propósito de ser consecuente con la decisión tomada. Y ello supone perderlo todo para lograr algo que no ha buscado ni ha pretendido. «La diferencia entre una oportunidad y ninguna puede ser el mundo entero. Esa diferencia es la diferencia entre el bien y el mal», dirá en un momento determinado, del mismo modo que su error supone el abismo entre una vez y ninguna.

En el cine no faltan las historias minimalistas, tanto en escenarios como en personajes, ya Hitchcock nos dejó una buena muestra de ello con *Náufragos* (1944), una barca y unos cuantos actores. En *Ten* (2002), Abbas Kiarostami desgranaba diez breves tramas mientras sus protagonistas se desplazaban por Teherán en coche, vehículo que tampoco abandonábamos a lo largo de la proyección. Y más recientemente, en 2010, el español Rodrigo Cortés intentó algo muy similar con *Buried* (*Enterrado*); las grandes limitaciones espaciales de ambos filmes los llevan a ser objeto de una irremediable com-

paración, si bien es cierto que el objetivo de Cortés era el buscar una percepción claramente claustrofóbica, *Locke* parece más orientada al agotamiento anímico del espectador frente a situaciones de estrés; y lo ejecuta sin la necesidad de recurrir a la descarada, pero eficaz, demagogia que predominaba en la mencionada *Buried*. El teléfono vuelve a ser el catalizador del guión (trabajo del propio Knight), al igual que fue el principal aliado de Ryan Reynolds en su desesperado intento de escapar del ataúd en el que se encontraba; agravando esa sensación de ansiedad producida por una insistente llamada en espera, la pérdida del control tangible de la situación, o la angustiada tensión producida por un corte en la línea –voluntario o involuntario– sin haber podido concluir la conversación, dificultando enormemente el principal propósito del artefacto móvil: la comunicación.

Locke es una película sencilla respaldada por un concepto y una realización igual de sencillos; tanto que puede pasar perfectamente como una situación corriente de un día cualquiera. Esta sería la principal virtud de la segunda película como realizador de Steven Knight: su cotidianidad. Knight, también guionista, construye un relato que, sin grandes malabares

ni artificios, reflejado en la cara de un notable Tom Hardy y acompañado de una sugerente banda sonora, se siente auténtico en su apariencia, que sorprende por cuanto es capaz de expandir los márgenes de una anécdota hasta disfrazarla de historia de pies a cabeza, con cuerpo y solera; más importante aún, de historia que no desfallece una vez esparce las piezas de su motor sobre la carretera. Hardy realiza un trabajo espectacular en el papel de un hombre cuya entereza le puede costar la vida tal y como la conocía hasta el momento y que, pese a ello, no está dispuesto a renunciar a sus responsabilidades (aunque sea de manera ausente), sin importarle si es condecorado o condenado por sus acciones. La construcción del personaje es un arma de doble filo para la película: se trata un tipo responsable que intenta gestionar adecuadamente una irresponsabilidad. Una vez llegados a este entendimiento, en la medida que nos volvemos más y más conectados con la historia de manera virtual, nos hace capaces de construir mundos enteros en nuestra imaginación en el otro extremo de una llamada telefónica, en respuesta a la más sutil de las señales o inflexiones verbales.

Locke es un film de clara raigambre ética y moral –es un film sobre

responsabilidad, principios, «hacer lo correcto»...– siendo éste su principal valor, muy por encima de su ya mencionada puesta en escena (thriller en tiempo real, una localización, un actor), cada vez más popular en nuestros tiempos. La ética es la base de este thriller y el conflicto parte del deseo de su protagonista de que una buena decisión (o lo que él entiende por «buena») pueda poner fin a años de culpa familiar y recuperar el orgullo perdido, sin ahondar mucho en su pasado. Ha tomado una decisión y será consecuente con ella, pase lo que pase. La honestidad de alguien que sabe que no ha sido precisamente honesto. En ese mismo coche viajan Ivan Locke, una decisión y el fantasma de un padre ausente. *Locke* habla con un fantasma al mismo tiempo que lo hace con la no presencia, al menos no física, de alguien que no fue un buen ejemplo para él en su juventud. Ivan arrastra el recuerdo de una figura paternal que no estuvo presente cuando lo necesitaba y que a lo largo de su vida no fue la persona que debía dar ejemplo. El concepto de «hacer las cosas bien» no solo está en la base del conflicto sino en los obstáculos, que parten del deseo de nuestro protagonista para minimizar los daños que ha causado su decisión.

Locke es un thriller muy original y bastante efectivo porque, además de apurar al máximo la economía de medios, ofrece una historia corriente protagonizada por un tipo corriente manteniendo el interés del espectador. Estamos, pues, ante una arriesgada apuesta formal y artística que se lo juega todo a un solo hombre en un solo escenario, aunque sea móvil. Un extraordinario retrato de las imposiciones que nos vienen dadas y nos obligan a luchar contra/por el futuro y que nos lanza un más que oportuno mensaje: «Todos decidimos que tipo de personas queremos ser, nada está escrito».

Película: Locke.

Dirección y guion: Steven Knight.

País: Reino Unido y USA.

Año: 2013.

Duración: 85 min.

Género: Drama, thriller.

Interpretación: Tom Hardy (Ivan Locke), Ruth Wilson (Katrina), Tom Holland (Eddie), Andrew Scott (Donal), Olivia Colman (Bethan).

Producción: Guy Heeley y Paul Webster.

Música: Dickon Hinchliffe.

Fotografía: Haris Zambarloukos.

Montaje: Justine Wright.

Vestuario: Nigel Egerton.

Web oficial: <http://www.locke-lapelicula.es/>